

Visuales







Visuales

Guión: Javier Ferreras Marco Esperidión

episodios 2 y 3 episodio 1

Pibujos:

Rafael Nangari Bade

Textos y cuentos: Gonzalo López Pardo

Color digital:

Juan Márquez y José Muñoz

Discho:

Camila Ríos
Piagramación:

Rafael Nangari Bade

Peditor:

Javier Ferreras

Correctores de textos:

Gonzalo López y Mareo Esperidión

Portada:

Rafael Nangari Bade y Juan Márquez



Dedicado a todas las mujeres



Agradecimientos:

A Javier Ferreras y Maurieio Herrera por invitarme a trabajar eon este personaje, que me ha acompañado por largo rato. A mi madre, esposa, hija y familia, que me apoyan sin condiciones. A todos los integrantes que fueron, son y serán del grupo Aquagraphies. A Norberto Porfler y sus tiendas Crazy All Comies y la Comiquería. A dos grandes amigos del comies, Juan Sasturain y Jorge Montealegre

Muy especialmente agradezeo a todos los lectores de Cenit que han apoyado este proyecto en todas sus facetas, revistas, tarjetas, posters, postales y al fin este maravilloso libro.

Bade.

©Cenit: "La aventura tiene rostro de mujer"

Primera Edición de 1000 ejemplares, tapa dura.

Impreso en Moris, octubre de 2009.

OCenit es un personaje de Javier Ferreras y Mauricio Herrera.

Rafael Nangarí Bade en las imágenes (RPI nº2247 por todas las imágenes).

ISBN: 978-956-332-180-7

E-mail: contacto@aquagraphics.cl

Colectivo Aquagraphies

www.aquagraphics.cl

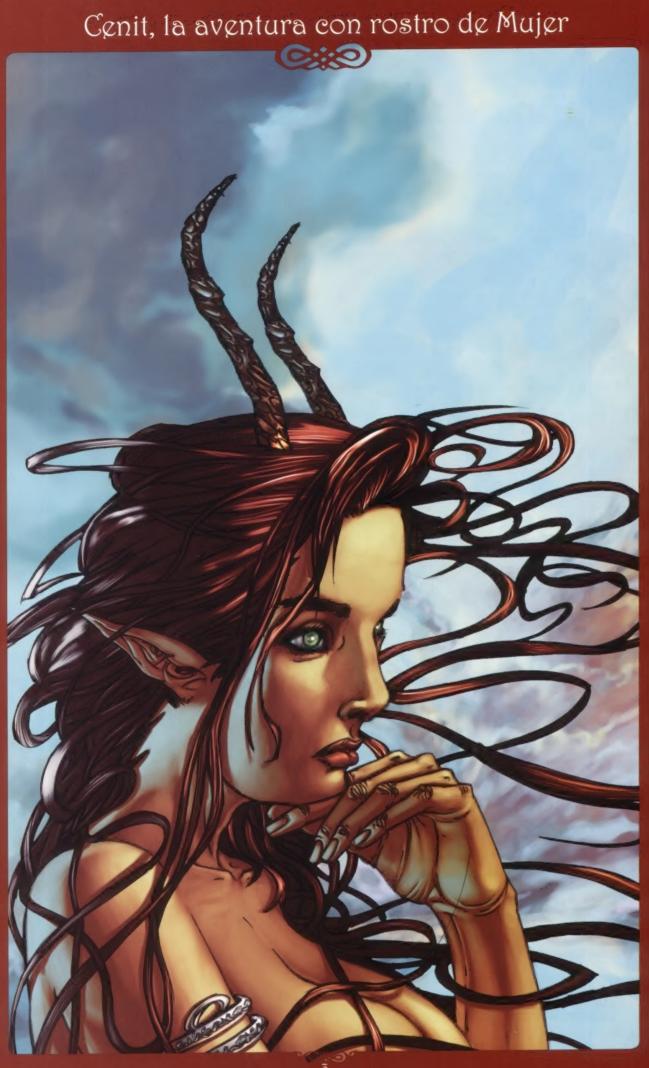
Editado en Chile por Visuales.

www.visualgs.ngt

Representante legal Javier Ferreras Licei.



Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin el permiso escrito de los autores.





Presa del miedo

Dices que sabes qué estoy pensando, pero no te creo; no porque sea imposible, sino porque soy infinitamente más poderoso que tú. Yo sí puedo leer tu mente: piensas "cómo es posible que no pueda saber qué está pensando este sujeto". Nunca habías fallado. Pero no te preocupes, uno es el mejor hasta que se encuentra con alguien mejor todavía. En este breve y silencioso coloquio has aprendido algo muy valioso.

Miguel abre la boca para pedir que le llenen el vaso.

Conocí a un Loco. Gritaba que quería derrocar a Dios. Un año después puse mi bota sobre su cabeza y no la reventé porque me lo impidieron. En vez, tuve que encerrarlo, ése fue el castigo... ¿Sabes qué le dije cuando lo estaba metiendo en el calabozo? *Quit ut Deus*, "quién como Dios"... y él, derrotado y triste, guardó silencio. No se puede derrocar a Dios porque sería la destrucción de todo. Ese Loco se escapó hace un tiempo y nunca más lo vimos. Se escondió con los humanos, ahora ellos (ustedes) cargan con su presencia. *Quit ut Deus*, nadie más grande que él... por eso Lo cuido, por eso soy el líder de sus huestes.

Junto a Miguel, ambos pegados a la barra, había un ser humano. Trataba de mantener la compostura, pero era inútil. Cualquiera que hubiera reparado en él se habría dado cuenta de que sudaba de miedo. No habían abierto las bocas y sin embargo estaban conversando. O más bien Miguel le charlaba con una voz potente que le había invadido la cabeza. No quería pensar pero no podía evitarlo.

¿Que por qué te elegí? Te voy a contar por qué los seres humanos gozan de libre albedrío. Ocurrió hace eones; luego de que escapara, lo único que logramos fue que aquel Loco del que te hablaba se confinara en un lugar que, aunque amplio, es finito. Nosotros no lo podemos ver ni tocar y él no puede escapar, ése es el trato... un trato que nadie firmó pero está claro desde el principio del tiempo. Entonces Dios creó a tus antepasados y les entregó inteligencia superior, pues debían mantener al Loco dentro de su celda. El convenio con los humanos ha funcionado, el Loco sigue confinado. Los hace sufrir a ustedes pero el resto del Universo está tranquilo.

Aquellos seres humanos superiores exigieron una cosa a cambio de cuidar al Loco: "seremos carceleros, pero queremos libre albedrío". Los humanos fueron bendecidos con el regalo mayor, son los únicos seres del Universo con libertad absoluta. Los ángeles daríamos nuestra inmortalidad sólo por conocer qué significa el libre albedrío. Sus mentes son insondables, ni siquiera Dios puede penetrarlas. Todo lo que ustedes piensan, y no lo ejecutan, queda dentro y muere con ustedes. Si los humanos no quieren compartirlos, sus secretos se funden con el cosmos y se pierden en la inmensidad de un silencio que no es de Dios. Por eso, esto que estoy a punto de contarte se perderá... lo guardarás en tu cabeza mientras existas o lo pagarás con un sufrimiento inimaginable.

El ser humano se llamaba Eugenio Entrescu. Era telépata, solía meterse en las cabezas de los otros humanos y creía que podía jugar a lo mismo en aquel bar. Era su primera vez allí y, si lograba salir entero del entuerto en que lo había metido Miguel, pensaba que no volvería jamás.

Te voy a contar que, aunque lo niegue, Dios tiene preferidos, y yo soy uno de ellos. Soy el Jefe de sus Ejércitos, el Príncipe de los Ángeles, frustré a Lucifer y seré juez en vuestro Juicio Final... así de importante soy... Pero Dios para mí no lo es tanto... no es mi gran amor... Llevo eones guardando este sentimiento y acumulando culpa; y cuando la culpa se anquilosa se transforma en rabia. Yo no puedo permitirme sentir rabia de Dios. Jamás he podido entender esas ansias que tiene el

Creador porque lo amen, probablemente es consecuencia de su soledad... Mi gran amor es otra criatura, la más bella que el Universo ha concebido. Jamás conocerás su nombre, no tengo por qué revelarlo, así, en caso de que me delates, sólo pagaré yo... después de que pagues tú, por supuesto.

Éste es mi secreto, te he contado que no estoy enamorado del Creador, y si tú tratas de contarlo a cualquier criatura me voy a enterar y te destruiré de a poco... Y ahora ándate, deja este bar y aléjate hasta el último confín, porque no quiero que veas el rostro de mi amada.

Miguel pidió otro trago. Se lo sirvieron y se levantó. Caminó hasta una mesa desocupada, donde dos sillas aguardaban vacías. No volvió a mirar a Entrescu.

Entrescu no sabía cómo escapar. Era dueño otra vez de su cabeza pero su cuerpo no respondía. Pidió otro trago y empinó la jarra hasta que pudo ver el fondo. Trató de salir rápido pero sus piernas se habían dormido. Cayó de bruces y tuvo que soportar las bromas de la concurrencia.

Se arrastró, punta y codo, hasta que traspuso la puerta. Una vez en la intemperie se detuvo, todavía sobre el suelo, y acomodó la espalda contra una muralla. La borrachera y el miedo le entumecían los párpados. Con los ojos a medio abrir vio que se acercaban las piernas más hermosas que había visto en su vida. Una mujer pasó por su lado y entró al bar, caminaba tan rápido que Entrescu no tuvo tiempo para tratar de meterse en su cabeza.

Apenas pudo, se levantó y echó a andar, trastabillando. Desde entonces, y para siempre, vivió presa del miedo.



Episodio 1: El destino manifiesto



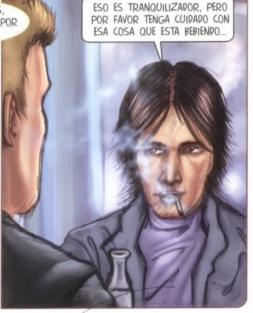


















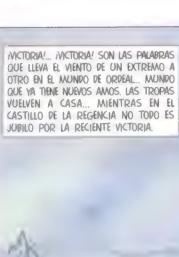
















PETALLES QUE CONCIERNEN, POR EJEMPLO, A MI PROMESA DE SERVIPUMBRE... Y AL CUMPLIMIENTO DE LA PALABRA EMPEÑADA HACE MUCHO

...RESPECTO DE DEVOLVEROS ESTA ESPADA Y TODO LO QUE REPRESENTA, Y PODER PARTIR. NO TE OPONGAS, ESE FUE EL CONVENIO... IY YA TODO HA SIDO CUMPLIDO!





PERO... QUEDATE CON NOSOTROS, NO HAY NECESIDAD DE QUE PARTAS. ¿QUE HAY MAS ALLA DEL HORIZONTE? ¿QUE ES LO QUE TANTO TE ATRAE?... RECUERDA, UNA VEZ SOBREPASADAS LAS FORMACIONES DEL SILMARIL NO PODRAS VOLVER LA MIRADA, PUES NI SIQUIERA TU AGUDA VISTA TE SERVIRA PARA VER ESTAS TIERRAS.























La muerte de la memoria

"Hablando de uno mismo se contribuye a establecer la verdad del mundo. En el interior de una familia debe sobrevivir al menos un miembro: no para que perpetúe su identidad biológica, sino para que no toda la familia desaparezca sin dejar traza. Hay que mantenerse en vida no por la vida misma sino en tanto que soporte de la memoria, en tanto que relato posible."

Tzvetan Todorov, "Frente al límite".

Cl calor subía desde el suelo quemado y les pintaba los rostros con un tizne ceniciento. Sus mejillas estaban manchadas, a lo lejos lucían negras, y tenían los ojos cerrados a la fuerza. Habían llorado tanto que sus párpados sangraron durante días. Mucho tiempo había pasado... en silencio, sin ganas siquiera de pronunciar palabra.

Cenit abrazaba a Nadir, la hermana menor se dejaba cobijar como si sintiera frío. Se escondieron entre las ruinas de su palacio, debajo del techo, que yacía muy cerca del suelo. Desde allí, agazapadas, escucharon cuando las tropas clavaban los cuerpos de sus padres, cuando los desmembraron, y olieron el hedor de sus carnes cuando los quemaron.

El aire caliente olía a brasas. Les dolían sus estómagos vacíos, pero no querían salir. O no podían. La pena y el miedo inmovilizan. No habían hablado desde hacía tiempo, y sin embargo se habían puesto de acuerdo. Esperaban el último lucero, el último respiro, el momento en que sus alientos se apagarían para siempre.

El silencio les servía para recordar. Estuvieron recordando, cada una en su silencio, día y noche, quién sabe por cuánto; así apagaban los llantos, que se agolpaban en sus pechos presurosos por estallar. Cenit se acordaba del día en que conoció a Nadir. Era una pequeña que apenas caminaba. Las criaron lejos, a Cenit en la Ciudad Volante, a Nadir dentro del Laberinto Bajosuelo. Lejos porque así era más seguro, así se mantenía la Estirpe a salvo. Por sus sangres corría la historia y el futuro de su especie; eran tesoros andantes. Sin embargo hubo que juntarlas. El amor les nació de improviso en cuanto se vieron, como tromba; gritaron de alegría al unísono, se volvieron locas de gusto, se extasiaron. Era como si hubieran conocido de siempre, a pesar de que no sabían de la existencia de la otra. Desde aquel entonces nadie las pudo separar. Y ese amor que se prodigaban fue lo que las salvó. Estaban juntas cuando las tropas irrumpieron para acabar con la familia real. Se escondieron y se cuidaron una a la otra, evitando cada tanto que alguna gritara de espanto.

Cenit se prometió en silencio que no permitiría que su hermana pequeña muriera atrapada bajo el techo de su castillo desplomado. Ella sabe cómo funcionan los sueños, conoce su lógica, y gracias a eso pudo salvar a Nadir. Puso su cabeza sobre la otra, frente contra coronilla, y se concentró en los latidos de ambas, que al poco tiempo del contacto se sincronizaron y se volvieron uno. Se metió en los sueños de la pequeña, borró los horrores, deshizo las muertes de sus padres, levantó los momentos más hermosos, los paisajes acogedores. En eso estuvo días y terminó exhausta. Pero aquel esfuerzo tuvo consecuencias funestas. Cenit cayó en sopor, pues se quedó con la pena de su hermana, la guardó en su cabeza, la escondió para que su pequeña jamás la conociera. Los secretos se pudren cuando nadie los conoce. Cuando el ejército de Miguel las rescató de las ruinas, Cenit estaba inconsciente y Nadir no recordaba siquiera un instante de la masacre de sus padres. Casi se pierde la herencia de su Estirpe, casi pasa al olvido el futuro de su especie, casi

desaparece el par de tesoros andantes.

A Cenit la salvó el propio Miguel, quien se enamoró perdidamente e hizo todos los esfuerzos para que se recuperara. Sin embargo ella guardó en su corazón el secreto del fin de su familia. Jamás lo reveló, ni siquiera a Nadir. En su sangre aún se aloja todo el sufrimiento de ambas, sus vísceras continúan pudriéndose por guardar aquel secreto que no quiere contar.

Nadir, en cambio, vaga sin saber de dónde viene ni vislumbrar hacia dónde va. Ella se siente muerta en vida, porque aunque no lo tiene claro, aunque sólo lo intuye, en su vida faltan los momentos perdidos, aquellos que por amor infinito le quitó su hermana. Ella siente que está muerta porque le robaron la memoria.

